

LA CIUDAD DE LOS
LADRONES

LA CIUDAD DE LOS
LADRONES

ÁFRICA VÁZQUEZ BELTRÁN

Naufragio
de letras

EDICIONES NAUFRAGIO DE LETRAS S. L.
www.naufragiodeletras.com
edicion@naufragiodeletras.com

Edición: Víctor Heranz
Diseño de interiores: Eduardo Martínez y Clara Ruiz

Primera edición: abril de 2018

© 2018, África Vázquez Beltrán
© del diseño de cubierta, Clara Ruiz, 2018

©Ediciones Naufragio de letras, 2018
Calle Moreno, 3F
28025 Madrid
ISBN: 978-84-945974-3-5
Depósito legal: M-10976-2018
Impreso por Estugraf Impresores S. L.
Impreso en España – Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Queda prohibido cualquier tipo de reproducción, distribución, incorporación a un sistema informático, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra así como su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia por grabación u otros métodos sin autorización de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para Nacho. Por las noches en vela y los desayunos literarios.
Por aquella tarde en la que fui corriendo a tu encuentro bajo la lluvia de Madrid.
Porque no hay páginas suficientes para contar nuestra historia.*

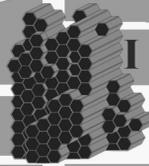
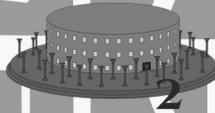
Como decía nuestro amigo, el Gran Showman:

But when I stop
and see you here,
I remember who all this was for.

EL LABERINTO

EL LÍMITE

BARRIO
DORADO



EL HUMEDAL



YSGRAND

1. BANCO
2. SENADO
3. FACTORÍA
4. COLISEO
5. MATRIZ
6. ARCANO
7. PALACIO DE LA DUNA

- 1 VILLA MINERVA
- 2 CASA DE CARONTE Y JAN
- 3 CASA DE QUINCY
- 4 TIENDA DE LA FAMILIA DE IRI
- 1 SANGRE DE VÍBORA
- 2 LA NAVAJA NEGRA
- 3 FUEGOVERDE
- ★ CASINO

LA COLINA

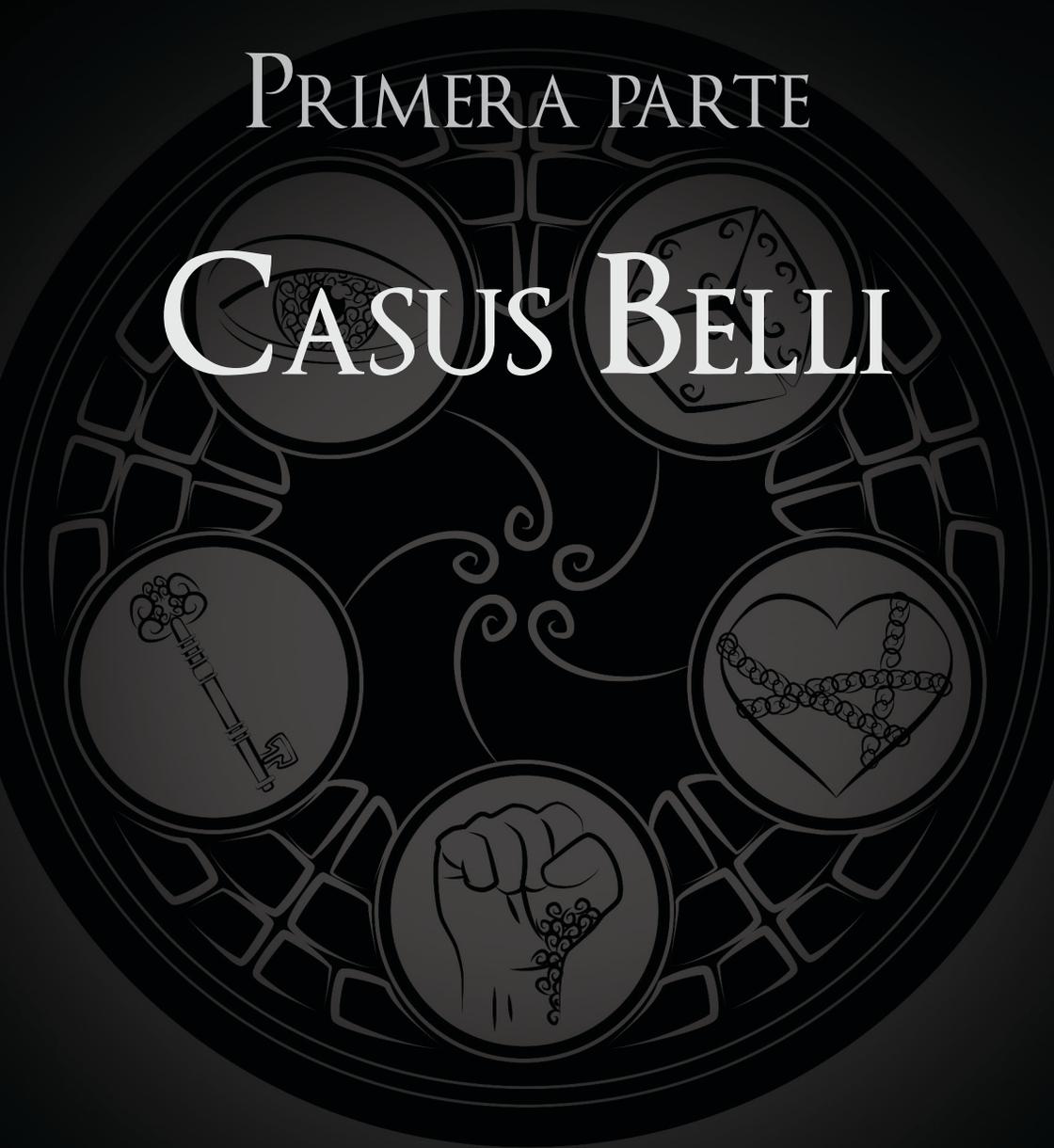


BARRIO NEGRO



PRIMERA PARTE

CASUS BELLI



LURECIA I



UN POCO MÁS. SOLO UN POCO MÁS...

La colmena de láser vibra suavemente, recordándole que cualquier distracción podría ser mortal. Pero ella está acostumbrada a la presión. Conoce el Banco del Consorcio como la palma de la mano: no hay colmena que no pueda atravesar ni telaraña que se le resista. En definitiva, no existe un objeto que no pueda robar.

Estira un poco más la mano. No debe permanecer boca abajo demasiado tiempo si no quiere que se le suba la sangre a la cabeza, pero sabe que precipitarse siempre es un error. Las cosas hay que hacerlas bien, Arabella se lo repite a menudo. Y Lucrecia ha aprendido la lección.

Bueno, más o menos.

Ya casi está...

La chica respira hondo y, con un último empujón, sus dedos rozan la cápsula que hay en el interior de la colmena.

No sucede nada. No saltan las alarmas ni siente la quemadura del láser en su cuerpo.

Eso es que lo ha hecho bien.

Vuelve a respirar. Su mano se cierra alrededor de la cápsula, que tiene el tamaño de su puño. Por fin, los músculos de su brazo se relajan.

Lo peor ya ha pasado. Ahora solo tiene que volver arriba.

La joven ladrona ha accedido a la colmena descolgándose del techo con la ayuda de un cable metálico. Es el momento de recogerlo y volver a subir sin tocar la red de láser que la rodea. La subida es lo más fácil, pero no puede confiarse.

Lucrecia acciona el mecanismo del cable con la mano que tiene libre. El tirón sacude su cuerpo, pero no le importa: está deseando salir del Banco de una vez.

No es que no le guste su trabajo; de hecho, se siente orgullosa de él. Es la mejor escapista de la Hermandad de Ladrones, y todo el mundo sabe que el trabajo de escapista no es fácil. Pero alguien tiene que hacerlo, ¿verdad? Y a Lucrecia no le importa ser ese alguien. Es su forma de colaborar con la Hermandad y con el Barrio Negro, de atacar al Consorcio donde más le duele: en el dinero.

Es su forma de rebelarse.

Ya ha llegado al techo. Solo hay unos metros hasta la rejilla de ventilación; ha entrado por la azotea del edificio, como de costumbre, y saldrá por el mismo sitio. Luego descenderá por la fachada y huirá hacia el Barrio Negro. Para cuando la Legión descubra que los ladrones han vuelto a desvalijar el Banco, ella ya se habrá metido por algún tortuoso callejón.

Sí, es posible que los legionarios registren el Barrio Negro una vez más. Incluso es posible que escuchen rumores acerca de una hábil escapista. Pero ¿quién en su sano juicio sospecharía de una chica de diecisiete años que, muy a su pesar, no aparenta más de catorce?

Lucrecia se dispone a alcanzar la rejilla cuando oye pasos.

Vaya. Es un legionario.

La ladrona maldice para sus adentros. No corre un peligro inmediato: mientras se quede quieta, el legionario no la verá; ni siquiera si mira

hacia arriba, puesto que su traje negro se camufla con el techo. Tampoco se dará cuenta de que una colmena ha sido robada, ya que en el Banco hay decenas de ellas y nadie las revisa a menos que salten las alarmas.

El problema es que, mientras el legionario siga ahí plantado, Lucrecia no podrá salir del Banco. Y la idea de quedarse toda la noche pegada al techo le parece tan cansada como aburrida.

Bueno, lo lógico es que el tipo en cuestión no permanezca allí mucho rato. Los legionarios que custodian el Banco no suelen entrar en el Terrario: se supone que las telarañas y colmenas están a salvo..., siempre y cuando nadie burle el sistema de seguridad de la entrada. Por eso la Legión no entiende cómo se las arreglan los ladrones para robar delante de sus narices. ¡Ay, si supiesen que Lucrecia entra por la azotea...!

La chica se exaspera al ver que el legionario no parece dispuesto a marcharse. Su yelmo dorado reluce bajo los focos de luz eléctrica; el Terrario es uno de los pocos lugares en el Barrio Negro en los que se permite su uso.

A Lucrecia no le queda más remedio que ser paciente. Mientras deja pasar los minutos, se pregunta qué será lo que ha robado. Arabella no le dijo en qué consistía ese encargo; lo más probable es que ni ella misma lo sepa. Los clientes de la Hermandad de Ladrones no tienen por qué dar explicaciones: siempre que su víctima sea un patricio, la Hermandad se pone a su servicio. Un ladrón de la Hermandad jamás le robaría a un plebeyo, eso no está bien; sin embargo, los patricios se lo merecen.

¿Qué será esta vez? ¿Dinero? No, la cápsula es demasiado pequeña, difícilmente cabrían en ella más de diez denarios. ¿Documentos confidenciales? Tampoco, ya nadie los guarda en soportes físicos. ¿Y si es carbonita? Pero ¿quién metería droga en el Banco? La droga se compra y se vende, no se guarda...

La joven está tan distraída elucubrando que, sin darse cuenta, empieza a jugar con la cerradura de la cápsula. Las cápsulas poseen un intrincado sistema de seguridad, por lo que hasta un ladrón experimentado lo tiene difícil para abrirlas. Para eso están los cerrajeros de la Hermandad: en cuanto llegue al Arcano, Lucrecia le pedirá a Arawn que coja sus ganzúas y...

«Clic».

El sonido, aunque débil, le corta la respiración.

La cápsula se ha abierto. ¿Qué rayos...?

El grito se adelanta a sus pensamientos:

—¡Eh!

Mierda. El legionario la ha visto.

Mierda, mierda, mierda...

—¡Alto ahí!

El hombre blande su jabalina. Lucrecia vuelve a cerrar la cápsula y trata de pensar con frialdad: ¿cuántas posibilidades tiene de escabullirse sin que ese tipo la ensarte con su arma?

«Si te apuntan con una jabalina, no te muevas en línea recta», le dijo Iona una vez. «Muévete siempre en zigzag».

Y eso es lo que hace.

Un hormiguelo recorre sus piernas cuando el arma se clava en el techo. Justo a su derecha. Iona tenía razón:

—¡Alto, he dicho!

Lucrecia ya está sacando la cabeza por la rejilla. En cuanto pisa la azotea, un pitido agudo perfora sus oídos.

Han saltado las alarmas.

Jadeando, la chica echa a correr hacia el borde de la azotea y se agarra a la barandilla con la mano. Su mirada sobrevuela la ciudad subterránea, un mosaico de sombras y luces trémulas con dos partes bien

diferenciadas. A un lado, el Barrio Dorado, con sus gráciles torres, sus calles bien señalizadas y las centrales eléctricas en pleno funcionamiento; al otro lado, el Barrio Negro, una amalgama de casas achaparradas y callejas sin pavimentar en el que solo arden fuegos encendidos con carbón maloliente.

Casi nadie querría meterse en el Barrio Negro por voluntad propia; para Lucrecia, sin embargo, es el único refugio posible. Pero ¿cómo llegar hasta él?

El Banco tiene una altura de treinta metros, demasiados para saltar al suelo y no matarse. Y no hay tiempo para bajar por la fachada, no ahora que la Legión sabe que está allí.

—Genial —suspira.

¿Por qué se habrá puesto a toquetear la cápsula? Si sobrevive, Arabella la matará... y con razón.

No, no puede dejarse atrapar: prefiere morir antes que humillar a la Hermandad. Decidida, se mete la cápsula en el interior del traje; al menos, ahora tiene las dos manos libres.

Sobre ella, el cielo nocturno de Ysgrand aparece iluminado por la Constelación. Las estrellas están ancladas a la parte más alta de la ciudad, donde terminan los tejados y empieza la tierra, porque allí nadie puede tocarlas. Bajo su resplandor artificial, Lucrecia se obliga a poner en orden sus pensamientos: no puede saltar al suelo ni bajar por la fachada. Entonces, ¿qué puede hacer?

Su mirada se posa en el edificio de al lado. El Coliseo.

La chica inspira profundamente. En el Coliseo está Iona, precisamente. Iona es gladiadora profesional y miembro de la Hermandad de Ladrones; con su ayuda, Lucrecia podría escapar..., pero antes tiene que llegar hasta esa mole de piedra llena de arcos y columnas.

No le queda más remedio que arriesgarse.

Sigue teniendo el cable y la ventosa. Dispara el cable hacia el Coliseo y la ventosa se adhiere a uno de los arcos de piedra. El Coliseo es diez metros más bajo que el Banco, por lo que la caída será en picado y es posible que se parta la columna.

Pero, si la Legión la captura, estará muerta de todas maneras. Por derrotista que suene, esa idea le da fuerzas.

—La suerte está echada —murmura mientras retrocede para coger carrerilla.

El techo de metal vibra con cada zancada. La puerta de la azotea se abre justo cuando sus pies pisan el vacío.

Lucrecia grita. La alarma sigue sonando.

Su caída se detiene con una fuerte sacudida. No está muerta; no está muerta y siente las piernas. Y, cuando mira hacia arriba, distingue nítidamente las estrellas de la Constelación.

La caída no le ha hecho daño. Es un buen comienzo, pero aún está colgada de la fachada del Coliseo y tiene a la Legión pisándole los talones. Vuelve a poner en funcionamiento el mecanismo del cable y asciende hasta el arco. Tal y como esperaba, éste conduce a la galería superior.

No conoce el Coliseo tan bien como el Banco: no le gusta ir a ver los combates en la Arena ni es tan idiota como para robar en el territorio de los gladiadores. Pero, gracias a Iona, sabe que estos viven en la galería superior. Casi sin resuello, recoge el cable y la ventosa y echa a correr por el pasillo de piedra.

Cuando se cruza con el primer gladiador, este la agarra del brazo: —¿Te has perdido, niño?

Niño. *Niño*, dice. Lucrecia aprieta los puños, pero se contiene para no soltar la primera burrada que le viene a la cabeza; el tipo es enorme y no tiene buena pinta.

—No soy un niño —dice entre dientes.

El gladiador parpadea y repite:

—¿Te has perdido, niña?

En fin.

—Busco a Iona —explica Lucrecia.

—¿Iona...?

—Luperca —se corrige velozmente.

—Ah, sí..., Luperca..., entiendo...

Lucrecia se desespera: ese hombre parece lento de reflejos y ella no tiene tiempo que perder. Afortunadamente, pronto escucha una voz conocida:

—¡Suelta a la chica, Erizo! La conozco.

—¡Iona! —jadea la ladrona.

Erizo acata la orden. Cuando se da la vuelta, Lucrecia observa que tiene dos hileras de púas injertadas en la espalda.

Puaj. Desde luego, la mayoría de los gladiadores son..., eh..., poco agradables de mirar. No es el caso de Iona, que tiene un aspecto bastante normal. O todo lo normal que puede ser una gladiadora. Ahora mismo lleva el pelo trenzado, la armadura puesta y un *gladius* colgado del cinto. Para variar, la vaina está manchada de sangre, pero a ella no parece importarle.

—Luego hablamos —le dice a Erizo mientras rodea los hombros de Lucrecia con el brazo—. Algo me decía que esto era cosa tuya.

—¿A qué te refieres?

—La Legión está rodeando el Coliseo —bufa Iona—. ¿Qué has hecho, mujer?

—Reunir a mi club de fans —responde Lucrecia sombría—. ¿Crees que tengo alguna posibilidad de darles esquinazo?

—Sí, gracias a mí. —Iona sonrío con aire burlón—. Pero vas a tener que mancharte.

Iona guía a Lucrecia hacia la galería inferior. Por cada una de sus zancadas, Lucrecia tiene que dar tres pasos. No es que tenga mucha prisa por llegar a su destino: en la galería inferior están encerrados los gladiadores no profesionales, los que pertenecen a los Maestros de la Arena. La mayor parte son plebeyos que no han podido pagar la Deuda y esperan la muerte con mayor o menor desesperación. A pesar de los barrotes, ese lugar no es seguro.

—No te preocupes, no vas a entrar ahí. —Iona parece adivinar sus pensamientos—. Vas a ir por las cloacas.

La joven gladiadora se agacha y arranca una reja metálica del suelo. A la luz de las antorchas, la piel de sus brazos parece de cuero cuarteado.

—Es posible que te busquen entre la mierda, pero tardarán en encontrarte. Ahí abajo está oscuro.

Lucrecia arruga la nariz, pero sabe que no puede andarse con remilgos.

—Gracias.

—No hay de qué, Lu. Cuando estés abajo, cuenta cinco rejas metálicas y sal por la sexta. Esa da a la calle; a partir de ahí, dejo la huida en tus manos. ¡Pero no te equivoques y te presentes en la celda de uno de esos desgraciados!

—Descuida, no tengo ganas de que me hagan pedazos.

—Nos vemos en el Arcano.

Lucrecia se deja caer por el agujero que conduce a las cloacas. Momentos después, oye la voz de un hombre:

—¿Dónde está?

—¿Quién? —dice Iona con tranquilidad. Desde abajo, la chica ve que su sandalia pisa la reja estratégicamente.

—El crío —responde el legionario—. Lo hemos visto entrar en el Coliseo por el tejado.

El crío.

—¿Y no deberías mirar arriba, campeón? —responde Iona.

Lucrecia inspira y expira un par de veces. No tarda en arrepentirse: ahí abajo huele fatal. Sabe que Iona solo puede conseguirle unos minutos de ventaja, de modo que echa a correr por debajo de la galería inferior.

Cuenta una reja. Y dos. Y tres.

Cuando está pasando por debajo de la cuarta reja, oye un chasquido metálico. Y su corazón salta.

—¡Alto! —brama una voz.

Hay alguien más en las cloacas. La joven no se lo piensa dos veces y acelera.

Ahí está la quinta reja. Una vez allí, podrá colarse por algún callejón y escapar...

Lucrecia salta y empuja la reja, pero ésta no cede.

—¡No! —gime.

Vuelve a saltar, pero solo consigue hacer temblar los barrotes.

Oh, no. Iona no habrá contado con que, como buena escapista, Lucrecia es más pequeña que la mayor parte de la gente y no tiene mucha fuerza.

La cloaca está oscura, pero puede oír claramente cómo los pasos se acercan.

Es el fin.

La ladrona siente el frío contacto de la cápsula contra su pecho. Nunca antes se había encontrado en una situación parecida, nunca había estado tan cerca de que la atraparan. Y no sabe si le dolerá más la muerte o la derrota.

Entonces sucede algo.

La reja ya no está. Alguien acaba de retirarla desde arriba, revelando un cuadrado de luz mortecina.

Dos manos extendidas aparecen en el agujero.

—¡Ven! —dice alguien.

No es Iona; Lucrecia no conoce al dueño de esa voz. Pero, siguiendo un impulso, agarra sus manos. El contacto es cálido y firme.

En un abrir y cerrar de ojos, la joven se encuentra tumbada en un suelo de piedra cubierto de excrementos. ¿O es ella la que está cubierta de excrementos? No lo sabe ni le importa. Cuando mira hacia arriba, se encuentra con un chico de su edad.

Al principio, se queda paralizada: el chico es alto y parece fuerte, y va vestido como un gladiador, con solo unas pocas tiras de cuero cubriendo sus partes íntimas. Tiene la piel negra y el pelo recogido en un centenar de trenzas.

—Huyes de ellos, ¿verdad?

Sin darle tiempo a responder, el joven gladiador vuelve a colocar la reja en su sitio. Lucrecia comprueba que se encuentra en una celda cuadrada, de techo abovedado y paredes irregulares, en la que conviven diferentes clases de hongos, insectos y otras alimañas repugnantes.

—Por aquí ya no entrarán.

La ladrona trata de incorporarse, pero no lo consigue. Al verlo, el chico la coge del brazo y la levanta sin esfuerzo.

Durante un instante, los dos se miran fijamente.

—¿Vas a delatarme? —Lucrecia tiene el corazón encogido—. Tío, si me delatas, estoy muerta...

Por toda respuesta, el chico la empuja contra su cama sin ningún miramiento. Antes de que Lucrecia pueda protestar, un fardo de tela áspera cae sobre ella.

Momentos después, la puerta de la galería se abre con un golpe seco.

—¡Que nadie se mueva! —ordena el recién llegado (¿un legionario?)—. ¡Estamos buscando a un ladrón!

Lucrecia oye la voz del chico a escasa distancia de ella:

—Lo tengo escondido en mi cama. ¿Puedes dejarnos terminar, por favor?

Se oyen risas en otras celdas. La chica teme que alguien detecte su respiración acelerada.

—Silencio —gruñe el legionario.

Sus pisadas resuenan en el pasillo que hay entre las celdas. El hombre no entra en ninguna o, por lo menos, Lucrecia no lo oye entrar. La manta huele a humedad y le raspa la cara, pero, en ese momento, no se le ocurre un escondite mejor en todo el mundo.

Pierde la cuenta de los minutos que pasan. El joven gladiador da vueltas por la celda; en un momento dado, se sienta en la cama, aplastándole las piernas. Lucrecia no mueve un músculo.

Finalmente, los pasos se alejan y las voces se extinguen.

Y se hace el silencio.

Muy despacio, el chico se levanta y le quita la manta de encima. Después vuelve a desencajar la reja y mete la cabeza en el agujero para examinar la cloaca.

—Todo despejado, creo —murmura—. Vete, deprisa. Aún no estás a salvo.

Lucrecia siente un cosquilleo en la nuca. Una parte de ella le grita que el chico tiene razón, que tiene que largarse de allí lo antes posible..., pero sus piernas se niegan a obedecer. Y su mirada recorre la cara del desconocido, rasgo por rasgo, hasta llegar a los ojos. Los tiene de un marrón tan claro que parece dorado.

En ellos no hay burla ni fanfarronería. Y, por encima de todo, no hay sed de sangre.

Lucrecia conoce lo suficiente el Coliseo como para tener la certeza de que ese chico va a morir en la Arena. En la Arena solo

sobrevive la gente como Iona, gente con la piel llena de cicatrices y el corazón rodeado de espinas.

Ese desconocido le ha salvado la vida. Tiene que intentar salvar la suya.

—Ven conmigo.

Pero él no responde. Tan solo la observa con una pizca de intriga.

—Es tu oportunidad —insiste Lucrecia—. Si vienes conmigo, puedes salvarte de morir en la Arena.

Es su única posibilidad. Trata de decírselo con su mirada, además de con sus palabras. El joven sigue contemplándola, con los ojos entornados y el cuerpo relajado. Como si estuviese decidiendo si creerle o no.

Fuera vuelven a oírse voces. Lucrecia mira hacia la galería y tensa los hombros; sabe que aún corre peligro.

Por fin, el chico suspira:

—Márchate, ladrona. Antes de que te encuentren.

Lucrecia traga saliva y un «pero» se le atasca en la garganta. Siente el impulso de agarrar al chico y arrastrarlo hacia la trampilla, pero se da cuenta de que sería inútil: él no va a moverse de allí.

Resignada, hace un gesto de despedida y salta a la cloaca.

La reja tarda un segundo en ser colocada de nuevo. Lucrecia se queda quieta, aguzando el oído, pero no oye nada. Ya no hay legionarios ahí abajo; al menos, no demasiado cerca.

En cualquier caso, no se sentirá segura hasta que llegue al Arcano.

Aún tiene un nudo en el estómago. Suspirando, se toca el pecho para asegurarse de que la cápsula sigue en su sitio.

—Espero que valgas la pena —susurra.

Y, sin perder más tiempo, emprende la huida.